

PRIMERA PARTE



1

6.10 de la mañana

Cuando el sol penetraba inclinado a través de la ventana del dormitorio, Charles Friedman dejó caer el testigo.

No había tenido el sueño en años, pero allí estaba él, larguirucho, doce años de edad, corriendo la tercera manga de la carrera de relevos en la competición de atletismo del campamento de verano, la batalla entre los Azules y los Grises muy igualada. El cielo era de un azul radiante, la multitud daba saltitos, pelo al cero, rostros de mejillas enrojecidas que nunca más volvería a ver, excepto aquí. Su compañero de equipo, Kyle Bregman, que había corrido la manga anterior, se estaba acercando a él, sujetando un delgado palo, jadeando como un poseso.

Ya llega...

Charles se preparó, dispuesto a salir disparado nada más tocar el testigo. Notó que sus dedos se agitaban, a la espera del golpe del palo en la palma de su mano.

¡Ya estaba! ¡Ahora! Salió corriendo.

De pronto, se oyó un gemido ensordecedor.

Charles se detuvo y bajó la vista horrorizado. El testigo estaba en el suelo. El equipo de los Grises completó el intercambio, pasó corriendo ante él hacia una victoria inverosímil, y sus seguidores dieron saltos de júbilo. Exclamaciones de alegría se mezclaron con abucheos que resonaron en los oídos de Charles.

Fue entonces cuando despertó. Como siempre. Jadeante, con las sábanas empapadas de sudor. Charles contempló sus manos: vacías. Palmeó las sábanas como si el testigo continuara allí, después de treinta años.

Pero sólo era *Tobey*, su terrier blanco West Highland, que le

miraba con los ojos abiertos de par en par y expectante, espatarrado sobre su pecho.

Charles dejó caer la cabeza con un suspiro.

Echó un vistazo al reloj: las seis y diez de la mañana. Diez minutos antes de que sonara el despertador. Su esposa, Karen, estaba aovillada a su lado. No había dormido mucho. Había estado despierto desde las tres hasta las cuatro, viendo el Campeonato Mundial de Levantamiento de Pesas Femenino en la ESPN2 sin sonido, pues no quería molestarla. Algo estaba preocupando mucho a Charles.

Tal vez se debía a las posiciones de valores largas de arenas asfálticas canadienses que había aceptado el jueves anterior, y que había mantenido durante todo el fin de semana, algo muy arriesgado con el precio del petróleo a la baja. O quizás a su apuesta al alza por los contratos de gas natural de seis meses, al tiempo que optaba por posiciones cortas en los de un año. El viernes, el índice del sector energético había continuado bajando. Le daba miedo levantarse de la cama, mirar la pantalla aquella mañana y ver qué descubriría.

¿O era por *Sasha*?

Durante los últimos diez años, Charles había dirigido su propio fondo de cobertura del sector energético en Manhattan, con apalancamiento de ocho a uno. De puertas afuera (su pelo castaño claro, las gafas de carey, su imagen aburrida), parecía más un planificador de bienes o un asesor fiscal que alguien cuyas tripas (¡y ahora también sus sueños!) documentaban el hecho de que estaba viviendo en un infierno.

Charles se sentó y apoyó los codos sobre las rodillas. *Tobey* saltó de la cama y arañó frenéticamente la puerta.

—Déjale salir —murmuró Karen, al tiempo que se daba la vuelta y cubría su cabeza con las sábanas.

—¿Estás segura? —Charles contempló al perro, que con las orejas echadas hacia atrás y meneando la cola, saltaba sobre sus patas traseras con impaciencia, como si fuera capaz de girar el pomo con los dientes—. Ya sabes lo que pasará.

—Vamos, Charlie, esta mañana te toca a ti. Deja salir a *Tobey*.

—Las famosas últimas palabras...

Charles se levantó y abrió la puerta que daba acceso a su patio vallado de media hectárea, y que les protegía de los sonidos de Old Greenwich. *Tobey* salió disparado al patio, con el olfato concentrado en el posible olor de algún conejo o ardilla desprevenido.

De inmediato, el perro empezó a lanzar ladridos agudos.

Karen aplastó la almohada sobre su cabeza y gruñó.

—Grrrrr....

Así empezaba cada día: Charles entraba en la cocina, ponía la CNN y encendía la cafetera, el perro ladraba fuera. Después iba a su estudio y echaba un vistazo a las bolsas europeas por Internet antes de ducharse.

Aquella mañana, las bolsas no ofrecían grandes alegrías: 72,10 dólares. Continuaban bajando. Charles efectuó un veloz cálculo mental. Se vería obligado a vender otros tres paquetes de acciones. Otro par de millones volatilizados. Pasaban escasos minutos de las seis de la mañana y ya estaba hundido.

Tobey estaba en mitad de su andanada incesante de tres minutos.

En la ducha Charles repasó su día. Tenía que controlar sus ventas al contado y simultáneamente sus compras a futuros. Y tenía que reunirse con una de sus entidades de crédito. *¿Habría llegado el momento de confesarlo todo?* Tenía que hacer una transferencia al fondo para los estudios universitarios de su hija Sam. En otoño cursaría el último año en el instituto.

Fue entonces cuando lo recordó. *¡Mierda!*

Tenía que llevar al taller el maldito coche aquella mañana.

El servicio de los veintiocho mil kilómetros del Merc. Karen le había obligado por fin a concertar la cita la semana anterior. Eso significaba que tendría que tomar el tren de vuelta. Le retrasaría un poco. Confiaba en estar en su despacho a las siete y media para ocuparse de sus compras a futuro. Karen debería recogerle en la estación por la tarde.

Ya vestido, Charles corrió de un lado a otro. El grito de las seis y media para despertar a Karen, una llamada con los nudillos a las puertas de Alex y Samantha para que se prepararan para ir al colegio. Echar un vistazo a los titulares del *Wall Street Journal*.

Esta mañana, gracias a lo del coche, tuvo un momento para tomar café.

Vivían en una casa acogedora de estilo colonial restaurada, en una calle acomodada flanqueada de árboles en la ciudad de Old Greenwich, a una manzana del estrecho. Pagada por completo, la maldita choza debía costar más que todo lo que el padre de Charles, un vendedor de corbatas de Scranton, había ganado en su vida. Tal vez no podía exhibirla como algunos de sus amigos ricos, que tenían megamansiones en North Street, pero le había ido bien. Había conseguido una plaza en la Universidad de Pensilvania de entre los setecientos del instituto que pugnaban por ella, se había distinguido en el departamento de energía de Morgan Stanley, y se había llevado consigo algunos clientes cuando había abierto su propia empresa, Harbor Capital. Tenían la casa de montaña en Vermont, la universidad de los críos pagada, se iban de vacaciones a lugares elegantes.

Pero entonces, ¿qué demonios había salido mal?

Fuera, *Tobey* estaba arañando las puertas cristaleras de la cocina con la intención de entrar. *Vale, vale*, suspiró Charles.

La semana pasada, su otra perra de la misma raza, *Sasha*, había sido atropellada. En su misma calle tranquila, justo delante de su casa. Fue Charles quien la encontró, ensangrentada, inmóvil. Todo el mundo estaba triste todavía. Y después, la nota. La nota que llegó a su despacho en una cesta de flores al día siguiente. Que le había hecho sudar tanto. Y devuelto aquellos sueños.

Siento lo del chucho, Charles. ¿Podrían ser tus chicos los siguientes?

¿Cómo demonios había llegado a esos extremos?

Se levantó y consultó el reloj de la cocina: 6.45. Con suerte,

pensó, podría salir del taller del concesionario a las 7.30, coger el tren de las 7.51 y llegar a su despacho en el cruce de la Cuarenta y nueve con la Tercera Avenida cincuenta minutos después. Pensaría en lo que debía hacer. Dejó entrar al perro, que de inmediato se precipitó hacia la sala de estar con un ladrido y salió por la puerta principal, que Charles había olvidado cerrar. Ahora iba a despertar a todo el vecindario.

¡*Tobey* le daba más trabajo que sus hijos!

—¡Me voy, Karen! —gritó, al tiempo que cogía su maletín y encajaba el *Journal* bajo el brazo.

—Un beso, un beso —contestó ella, envuelta en su albornoz, mientras salía corriendo de la ducha.

Aún era sexy para él, con el pelo color caramelo mojado y un poco enmarañado de la ducha. Karen era hermosa. Había mantenido su figura en forma gracias a los años de yoga, la piel todavía suave, con aquellos ojos color avellana soñadores, de esos que se apoderan de ti y nunca te abandonan. Por un momento, Charles se arrepintió de no haber vuelto a la cama después de que *Tobey* se hubiera fugado, concediéndoles una oportunidad inesperada.

En cambio, gritó algo acerca del coche, que iba a tomar el Metro-North. Que quizá la llamaría más tarde para que le recogiera camino de casa.

—¡Te quiero! —gritó Karen por encima del zumbido del secador de pelo.

—¡Yo también!

—Saldremos después del partido de Alex...

Maldición, exacto, el partido de lacrosse*, el primero de la temporada. Charles volvió y garabateó una nota para su hijo, que dejó sobre la encimera de la cocina.

¡*Para nuestro mejor delantero!* ¡*Dales duro, campeón!*
¡*MUCHA SUERTE!*

* Deporte que se juega con una raqueta de mango largo. (N. del T.)

Puso sus iniciales, después las tachó y escribió *Papá*. Contempló la nota un segundo. Tenía que parar esto. Pasara lo que pasara, no iba a permitir que nada les ocurriera.

Después se encaminó hacia el garaje y, por encima del sonido de la puerta automática al abrirse y los ladridos del perro en el patio, oyó que su mujer chillaba para imponerse al secador:

—¡Charlie, haz el favor de dejar entrar al perro!

2

A las ocho y media Karen estaba en yoga.

A esa hora ya había sacado de la cama a Alex y Samantha, dispuesto sobre la mesa cajas de cereales y tostadas para el desayuno, localizado el *top* que, según Samantha, «había desaparecido de la faz de la tierra, mamá» (en el cajón del tocador de su hija), y arbitrado dos peleas sobre quién iba a llevar a quién aquella mañana. Y de quién eran los piojos encontrados en el lavabo del cuarto de baño que compartían los chicos.

También dio de comer al perro, comprobó que el uniforme de lacrosse de Alex estuviera planchado, y cuando la discusión acerca de quién era el último que había tocado a quién, con gran aparato de palmadas en la espalda y agitar de dedos, empezó a degenerar en una bronca plagada de insultos, les sacó a empujones de la casa y los metió en el Acura de Sam con un beso y un saludo de la mano. Recibió un presupuesto de Sav-a-Tree sobre uno de los olmos que era preciso talar, y envió dos correos electrónicos a los miembros de la junta sobre la inminente campaña de recogida de fondos del instituto.

Por algo se empieza... Karen suspiró y dedicó un «*Hola a todos*» a algunas caras familiares, mientras se sumaba a toda prisa a los ejercicios de yoga en el gimnasio Sportsplex de Stamford.

La tarde será de órdago.

Karen tenía cuarenta y dos años, era bonita. Sabía que aparentaba cinco años menos, como mínimo. Con sus penetrantes ojos castaños, y un rastro de pecas que todavía sembraba sus pómulos, la gente solía compararla con una Sela Ward más rubia. Su espeso pelo castaño claro estaba ceñido en la nuca, y cuando se miraba en el espejo, no se avergonzaba de su aspecto en mallas de yoga, teniendo en cuenta que era una madre que, en una época anterior,

había sido la principal recaudadora de fondos para la compañía de danza clásica de la ciudad.

Fue allí donde Charlie y ella se habían conocido. En una cena de donantes importantes. Él asistía sólo para acabar de llenar una mesa en representación de la firma, y era incapaz de diferenciar un *plié* de un giro. *Aún lo era*, le tomaba el pelo ella. Pero era tímido y algo intolerante consigo mismo, y con sus gafas de carey y los tirantes, además de su mata de pelo color arena, parecía más un profesor de ciencias políticas que el nuevo pez gordo del departamento de recursos energéticos de Morgan Stanley. A Charlie pareció gustarle que ella no fuera de la zona, aquel leve acento sureño que todavía conservaba. El guante de terciopelo que envolvía su puño de hierro, siempre decía admirado, porque nunca había conocido a nadie, a nadie, capaz de conseguir cosas como ella hacía.

Bien, el acento había desaparecido hacía mucho tiempo, y también la perfecta esbeltez de sus caderas. Y no digamos ya la sensación de que controlaba su vida por completo.

Eso lo había perdido hacía dos hijos.

Karen se concentró en su respiración cuando se inclinó hacia delante en *dandasana*, cosa que le resultaba difícil, fijando la atención en la extensión de los brazos y en mantener recta la columna vertebral.

—Enderezaos —entonó Cheryl, la instructora—. Donna, los brazos junto a los oídos. Karen, postura. Acopla ese fémur.

—Es el fémur lo que está a punto de desprenderse —gimió Karen, tambaleante. Un par de compañeras rieron. Después se enderezó y recuperó la forma.

—Precioso —aplaudió Cheryl—. Bien hecho.

Karen se había criado en Atlanta. Su padre era propietario de una pequeña cadena de tiendas de pintura y restauración. Había estudiado bellas artes en Emory. A los veintitrés años, ella y una amiga habían ido a Nueva York, donde consiguió su primer empleo en el departamento de publicidad de Sotheby's, y las cosas parecieron encarrilarse a partir de aquel momento. Después de que Charlie y ella

se casaran, no fue fácil al principio. Renunciar a su carrera, mudarse al campo, fundar una familia. Entonces, Charlie siempre estaba trabajando, o viajando, e incluso cuando se quedaba en casa daba la impresión de estar con el teléfono pegado a la oreja todo el día.

Las cosas fueron un poco inciertas al principio. Charlie había cometido unos cuantos errores cuando abrió su firma, y casi «estiró la pata». Pero uno de sus mentores de Morgan Stanley había intervenido para sacarle del apuro, y desde entonces todo había funcionado como una seda. No era una gran vida, como la de algunos conocidos que vivían en aquellos gigantescos castillos normandos de la campiña, con segundas residencias en Palm Beach y cuyos hijos nunca habían volado en aviones comerciales. Pero ¿quién deseaba eso? Tenían la casa de Vermont, un esquife en el club náutico de Greenwich. Karen aún iba a comprar al supermercado y sacaba la basura a la calle los días de recogida. Solicitaba donativos para el Centro Juvenil y se encargaba de las finanzas domésticas. La lozanía de sus mejillas era una muestra de que era feliz. Amaba a su familia más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Todavía, suspiró, mientras adoptaba la postura de la silla. Era un alivio que, al menos durante una hora, los críos, el perro y las facturas que se amontonaban sobre su escritorio estuvieran a millones de kilómetros de distancia.

Algo atrajo la atención de Karen a través de la mampara de cristal. La gente se había congregado alrededor del mostrador de recepción y miraba el televisor del techo.

—Pensad en un lugar bonito... —ordenó Cheryl—. Tomad aire. Utilizad vuestra respiración para transportaros a él...

Karen se dejó llevar hacia el lugar que siempre elegía. Una ensenada remota frente a la isla Tórtola, en el Caribe. Charlie, ella y los niños la habían descubierto cuando navegaban en las cercanías. Habían entrado vadeando y pasado el día solos en la hermosa bahía color turquesa. Un mundo sin teléfonos móviles ni canales de televisión por cable. Nunca había visto a su marido tan relajado. Cuando los niños se marcharan, decía siempre, cuando todo estuviera

atado y bien atado, volverían. Claro. Karen siempre sonreía para sus adentros. Charlie era un condenado a cadena perpetua. Le gustaba el arbitraje, el riesgo. La enseñada podía quedarse donde estaba, a una vida de distancia, si fuera necesario. Era feliz. Vio su cara en el espejo. Consiguió que sonriera.

De pronto, Karen tomó conciencia de que la multitud congregada frente a la recepción había aumentado. Algunos habían dejado de correr en las cintas continuas y se concentraban ante las pantallas de televisión. Hasta los monitores se habían acercado a mirar.

¡Algo había pasado!

Cheryl intentó recuperar la atención de sus alumnas dando palmadas.

—¡Concentraos, chicas!

Pero sin éxito.

Una a una, todas interrumpieron sus posturas y miraron.

Una empleada del club se acercó corriendo y abrió la puerta.

—¡Ha ocurrido algo! —dijo con el rostro demudado a causa de la alarma—. ¡Hay un incendio en estación Grand Central! Parece que han puesto una bomba.